

San Manuel González, Obispo

¡Si viviéramos nuestras Misas!

¡SI VIVIÉRAMOS NUESTRAS MISAS!

5283. ¿Quién convirtió al mundo pagano o salvaje en cristiano y civilizado? ¿No fue la Redención de nuestro Señor Jesucristo?

¿Cómo y en dónde se hizo la Redención?

Por su sacrificio, en la Cruz del Calvario.

¿Qué es la Misa?

Es el mismo Sacrificio de Jesús aplicándonos su Redención.

Cada Altar es un Calvario y cada Hostia consagrada, es Jesús inmolado ofrecido en Sacrificio de Redención.

Si la primera Misa de Jesús tuvo poder para transformar al mundo, ¿por qué las demás Misas no han de poder conservar y aumentar aquella transformación?

¡Ah, si viviéramos nuestras Misas...!

¿Qué hay que hacer?

Aunque la frase VIVIR LA Misa no sea muy castellana, tiene un profundo significado en castellano y en todas las lenguas.

5284. Vivir la Misa es:

1º conocerla a fondo,

2º estimarla en su valor,

3º tomar por norma de conducta lo que Jesús hace en ella,

4º tener como cifra de mi mayor felicidad en la tierra esta palabra: *digo Misa*, si soy sacerdote, *participo o encargo Misa*, si simple fiel,

5º y este conocer, estimar, imitar y gozar mi Misa, tan metido en mi pensar, querer, sentir y obrar de cada día y de cada hora y en cada ocupación, que se pueda decir de mí perennemente: ESTÁ EN MISA, esto es, ESTÁ VIVIENDO SU MISA.

¿Es esto posible?

5285. Si queremos, sí.

Si no queremos, no.

Querer es poner lo medios, el estudio, la reflexión, la constancia y, entre todos, el principal que es buscar la Gracia de Dios y por ella la fe viva, que es la única fuerza elevadora e iluminadora para contemplar, por fuera y por dentro, el gran misterio y la gran trascendencia de la Misa.

Pero si nos contentamos con mirar en la Misa sólo la obligación del rato que se echa en oírla, participar cada día de fiesta, o uno de tantos actos religiosos para conseguir cualquier favor para nosotros o para nuestros difuntos y, menos aún, si no asistimos a ella ni siquiera los días de precepto, si así tratamos nuestra Misa, la frase **vivir la Misa** será para nosotros ininteligible y su significado imposible.

5286. Y vuelvo a afirmar: sin la primera Misa del Calvario, el mundo no hubiera tenido redención, y seguiría siendo gentil o salvaje; si nos obstinamos en despreciar o no tener en la estima que se merecen nuestras Misas, nos exponemos a que el mundo vuelva al paganismo o a la selva, pese a todos sus flamantes progresos materiales y de cultura.

Y digo más; que si la piedad y la devoción de los católicos no toma de la Misa su orientación, su norma, su espiritualidad y sus fuerzas, tendrán de tales la careta y algún accidente, pero no la substancia, ni la vida, ni la acción, ni el fruto.

¿Qué es una Misa?

5287. Figuraos que, así como se ha descubierto el misterio de las hondas hertzianas y por medio de un aparato de radio podemos recoger en nuestros oídos los sonidos producidos a miles de kilómetros, se descubriera, lo que no es absolutamente imposible, otro procedimiento para que nuestros ojos recogieran las especies flotantes de espectáculos representados, no sólo a distancia de espacio, sino también de tiempo, y por medio de ese aparato o procedimiento pudiéramos presenciar la crucifixión de nuestro Señor Jesucristo en el Calvario, como si estuviera haciéndose ahora mismo. ¡Qué asombroso! ¡Encontrarnos con la visión del Calvario!

¿Qué veríamos? ¡Qué variedad de personajes! ¡Qué abigarramiento de trajes! ¡Qué contrastes de caras, de gestos, de exclamaciones! Pero lo que más, lo que sobre todo importa, es la Cruz, ¡la del centro!

Clavado de pies y manos, en ella está Jesús. ¡Cuánto debe sufrir! ¡Cuánto le cuesta no poder retorcerse de dolor y mantenerse sereno! Su voz, su mirada, los colores rojo, amoratado y pálido que se suceden sobre su cara, y sobre todo su cuerpo, el movimiento de su cabeza y el temblor que agita sus miembros, ¡cómo expresan la enormidad de aquel dolor crucificado! ¡Es una vida que se escapa por entre aquellos labios resecos y cárdenos y por entre aquellos jirones de piel sangrante! ¡Es la muerte que tiende sus negras alas sobre aquellos ojos; aquella boca, aquel corazón, aquel cuerpo horas ha tan hermoso, ahora tan deforme! ¡Jesús muere! ¡La tierra se estremece! ¡El sol se eclipsa y el día se hace noche! El sacrificio que comenzó a ofrecer a su Padre, desde el primer momento de su vida mortal se ha consumado.

Una Misa es algo de eso y mucho más que eso, que no ven los ojos de la carne.

5288. Sigamos mirando hacia el Calvario... para aprender en él, lo que es una Misa.

En el fondo de las tinieblas, que han sucedido al día, apenas se distingue el perfil de la Cruz y del cuerpo rígido en ella enclavado... Trabajosamente se ven figuras moverse, unas en dirección de la Cruz, a cuyo pie parece que quedan enclavadas, y otras, encogidas por el miedo, huyen cuesta abajo hacia la ciudad.

Si no se ha inventado el aparato para ver a distancia de siglos, se nos ha dado por la misericordia de Dios una luz para penetrar, no sólo la distancia de siglos, sino la de la eternidad. Se llama la Fe. ¡Lo que veo con el auxilio de esa luz en el Calvario y desde el Calvario!

Veo primero la multiplicación indefinida de los Calvarios sin derramamiento de sangre, pero ofreciendo al mismo Jesús inmolado en innumerables altares por toda la redondez de la tierra. Veo después, trescientos y tantos mil sacerdotes cada día aplicando por sus Misas los inexahustos méritos que Jesús ganó en la suya.

5289. El mismo Sacrificio en el Calvario y en Altar, el mismo sacerdote, Jesús, la misma Víctima, Jesús, (el sacerdote no es un sucesor de Jesús, es su ministro; con Él y por Él, ofrece y se ofrece). Y veo, por último, en torno de esas Misas, el cielo, la tierra y los abismos esperando, recibiendo, agradeciendo...

El cielo, cerrado desde el primer pecado de Adán hasta el momento de morir Jesús, abierto de par en par y por sus puertas entrando riadas de almas selladas con gotas de Sangre del Sacrificio, y ocupando las sillas vacantes que dejaron los ángeles rebeldes, y en el fondo y a derecha del Padre, Jesús, el Hijo de todas sus complacencias, con su humanidad sacrificada, con sus cicatrices resplandecientes...

La tierra, antes del Calvario, erial de piedras y espinas, cloaca de podredumbres, gusanera inmunda, trocándose en jardines preciosos con toda clase de flores de virtudes y de frutos de buenas obras, en hogares de refugio para todos los afligidos y perseguidos, en viveros de hombres nuevos, recios, aspirantes a la perfección más alta.

Los infiernos, el Seno de Abraham, en el que generaciones de justos esperaban ansiosos la hora nona del Calvario de Jesús, vacío; el purgatorio, abriendo anchas escalas para dar salida en dirección del cielo a innumerables almas teñidas con gotas de Sangre del cáliz consagrado.

Y por encima de cielos, tierras y abismos, veo al Padre celestial tantos siglos airado con los hombres pecadores y ahora rebosante de gozo, mirando a su Hijo ofrecido en cada Misa de la tierra, multiplicando indefinidamente sobre ella el eco de la voz que se oyó en el Tabor: «He aquí a mi Hijo muy amado en el que tengo mis complacencias».

La Misa, síntesis viviente de la vida espiritual

5290. Una Misa, tan breve como es, enseña y hace andar al alma que quiera vivirla, los tres caminos o los tres trozos de camino que comprende toda la vida espiritual, desde nuestra miseria al cielo.

Esos tres caminos o trozos del mismo camino, se llaman vía purgativa, vía iluminativa y vía unitiva.

La Misa tiene tres partes: La preparación, la ante-Misa, y la Misa propiamente tal; o sea, la Confesión, la Misa de los catecúmenos y la Misa de los fieles.

En la confesión, que comprende desde el principio hasta el Introito, el alma se **purifica** por la humilde confesión pública de sus pecados... «que pequé gravemente por mi culpa...» y la humilde petición de la Gracia por intercesión de nuestra Madre y de los santos para purgarnos de ellos.

En la Misa de los catecúmenos, que termina en el Ofertorio, somos sobrenaturalmente iluminados por la fe con los ejemplos y la intercesión de los santos cuyas fiestas celebramos, la lectura de la Epístola, de los salmos, del Evangelio y la recitación del credo y la predicación de la homilía.

5291. La Misa de los fieles, es la gran obra del amor hasta el sacrificio. Tiene tres partes: el Ofertorio, la Consagración y la Comunión.

El ofertorio es la **preparación** inmediata del Sacrificio, la consagración, es la **oblación real** del Sacrificio, y la Comunión, es la **participación** del Sacrificio.

La Misa propiamente dicha es la realización del gran deseo de Jesús y de la gran petición a su Padre celestial: «Que todos sean uno». Que seamos una sola cosa con Él, como Él lo es con el Padre.

¡Él y nosotros una sola Víctima de un solo Sacrificio!

Purificados por la contrición y la humildad, **iluminados** por la fe y la oración, y **unidos** a Jesús y a nuestros hermanos por el amor más grande, o sea, el amor llevado hasta el sacrificio. Así nos ponen nuestras Misas si nos empeñamos en vivirlas.

Qué vale una Misa

5292. ¿Vale mucho el Evangelio? ¿Vale mucho la vida y la doctrina de Jesús en la tierra que narra el Evangelio? ¿Valen mucho la Pasión y la muerte de Jesús?

¿Quién puede poner precio a esos tesoros? ¿Quién reducir a cifras esos precios?

Pues bien, una Misa, la celebrada, no ya por el Papa en su basílica de San Pedro, sino por el último de los sacerdotes en la iglesia más pobre y ruinosa del orbe católico, vale tanto como todo el Evangelio, como todo Jesús con su doctrina y sus obras y con sus dolores y muerte.

5293. Una Misa es Jesús recogiendo en su Corazón todo el aroma de sus buenas obras y buenas palabras, todos los ecos de su corazón, y de sus ayes, todo el jugo de sus sudores y lágrimas buscando pecadores, todas las hieles de cariños pagados con ingratitudes, de generosidades, con incomprensiones, envidias y malquerencias, que lo acompañaron desde Belén hasta el Calvario, y, cuando el corazón estaba lleno de todo esto, tomar sobre sus hombros una Cruz pesada y dejarse enclavar en ella, permitiendo que, ya muerto, una lanza se lo abriera, como rosa que se abre en primavera...

***

VIVID VUESTRA MISA

5294. Es mucho lo que hay que hablar de la santa Misa, pero me voy a limitar ahora a deciros algo de lo que **nos da,** y algo de lo que **nos pide** nuestra Misa.

¿Qué me da la Misa de la cual yo participo?

Para muchos cristianos, y aún de los mejores, la Misa es uno de los muchos actos de devoción como el rosario, el víacrucis, del que esperan conseguir una gracia, algún favor; y del que sacan un poco de aproximación a Jesús, a Dios, pero nada más.

Y no digamos de los cristianos indiferentes o fríos, para los que la Misa es un acto al que asisten por costumbre o por rutina y están allí como un pilar del templo, como un tubo del órgano, u otra cosa cualquiera insensible, sin hacer nada.

Otros van por curiosidad, a ver quién está en Misa, cómo visten, o por otros motivos quizá más bajos.

Aquella idea de la gente buena no es exacta ni justa. La Misa es mucho más que una aficioncita.

Nuestra incorporación en Cristo

5295. Vamos a tomar el tema desde muy lejos; desde la incorporación en Cristo. Es la gran doctrina de san Pablo, el apóstol que enseñó los fundamentos de la teología. (El Espíritu Santo por boca de san Pablo).

El apóstol teólogo usa varios símiles para darnos a entender qué es un cristiano.

Uno de sus símiles favoritos es aquel en que compara a la Iglesia entera con un cuerpo.

Jesucristo tiene un cuerpo físico formado por el Espíritu Santo en el seno de nuestra Madre Inmaculada y tiene también su Cuerpo místico o moral, formado por todos los cristianos, que es la Iglesia de ayer, de hoy, de mañana; y la del cielo, la de la tierra y la del purgatorio.

Este modo de hablar es muy corriente. Por eso se dice el cuerpo de abogados, cuerpo de jueces, etc., llamándole cuerpo a la corporación de donde le viene el nombre.

Y así como en un cuerpo físico hay distintos miembros, así los hay también en el cuerpo moral. En las corporaciones, pues, hay quien tiene el oficio de cabeza, que son los que dirigen; oficio de ojos, que son los inspectores; oficio de manos y de pies, que son los ejecutores.

5296. Esto mismo pasa en la Iglesia. Jesucristo es la cabeza de su cuerpo místico y todos nosotros somos los miembros. A cada uno le toca su oficio. Los doctores, por ejemplo, son lengua de ese cuerpo, porque son los que enseñan; las almas de gran caridad son el corazón.

Dice san Pablo que por el Bautismo nos incorporamos al cuerpo místico de Cristo; empezamos a ser miembros de ese Cuerpo. Por nuestras venas espirituales corre la misma Sangre de Cristo, la misma vida; corremos su misma suerte. Los méritos de Cristo son nuestros; los dolores de Cristo son nuestros; las elevaciones de Cristo, son elevaciones nuestras.

En el Bautismo morimos al hombre viejo y se adquiere capacidad para la nueva vida de la gracia. En él nos conmorimos, nos consepultamos con Cristo que muriendo nos ganó la vida. La piedra de la pila bautismal, es como la de un sepulcro donde por la muerte de Cristo, queda el hombre muerto al pecado y donde resucita el hombre nuevo.

Podemos aumentar esta incorporación a Cristo

5297. En nuestro mismo cuerpo tenemos miembros que están más sanos que otros, que tienen más vida que otros.

Si morimos por el pecado mortal a la vida de la gracia no dejamos de ser miembros de Cristo por estar bautizados, pero miembro gangrenado. Así que en mi incorporación a Cristo puede haber ascenso y descenso.

Hay aumento cuando participamos más de la virtud, de la santidad de Jesucristo. Es lo que san Pablo llama con frase muy bonita y de mucho significado «incrementum Dei», el crecimiento de Dios en nosotros.

Como por nuestra incorporación a Cristo tenemos la vida de Dios y esta vida está en seres sujetos a crecimiento, yo como miembro de Cristo, puedo crecer y crecer Dios en mí. Creciendo yo, crece Cristo en mí.

La parte de la Misa en este crecimiento

5298. Una vez que Cristo fue inmolado y muerto en el Calvario, Jesucristo ya no muere; pero aunque glorioso e impasible, su Sacrificio, sigue eternamente en el cielo en donde como tal Sacrificado está alabando al Padre y siendo sus delicias. Y la oblación real de ese Sacrificio, se está repitiendo centenares de veces, cada segundo, en las santas Misas de la tierra.

Jesús sigue ofreciéndose a su Eterno Padre diciendo constantemente: «Recibe ¡oh Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno esta hostia inmaculada...» Es el eternamente inmolado.

Pues si yo me incorporo a un cuerpo sacrificado, si lo hago mío y Él me hace suyo, yo en justa lógica debo ser también un sacrificado con Él. Si en el Bautismo he sido incorporado a su Cuerpo, en cada Misa en que Jesús por ministerio del sacerdote ofrece su cuerpo físico y místico en sacrificio, yo como miembro de ese cuerpo místico, soy ofrecido y me ofrezco en sacrificio.

5299. Como Jesucristo que es sacerdote y Hostia que ofrece y se ofrece por el ministerio visible del sacerdote, en cierto modo, yo le ofrezco y me ofrezco con Él. Somos los cristianos, como dice san Pedro, un sacerdocio real.

Se calcula que en cada segundo se dicen trescientas Misas; en esas trescientas Misas yo, sin darme cuenta, por el mero hecho de ser cristiano, estoy ofreciendo y ofreciéndome. Podemos decir que constantemente estamos diciendo Misa; ofreciéndonos como hostia de alabanza, de amor, de acción gracias, de propiciación y de impetración.

Mientras yo haga más mía mi Misa, más incorporado estoy al sacrificio del Jesús de mi sacrificio, yo, sacerdote que la digo, tú, fiel que la oyes o la encargas. Mientras yo más ponga de mí, más digo Misa; más todavía, no solamente estoy diciendo Misa, sino que yo soy Misa.

¿Vivimos al tono de nuestra Misa?

5300. ¡Cómo cambia el tono de la vida, de la espiritualidad de un cristiano y más aún de un alma consagrada, a la vista de esto que estoy diciendo que es una realidad! y ¡qué mal se aviene con una vida ramplona, de buscar mi comodidad, mi gusto, mientras se está elevando en la patena la Hostia; mientras se está diciendo: «Recibe Padre Santo... esta Hostia inmaculada...».

¿Por qué nuestra vida está tan distante de un ara?

No debíamos tener otros puntos de comparación, otro gráfico de nuestra vida que un ara, una hostia, un cáliz, un copón...

Hace algún tiempo estoy meditando en la Misa y cada vez veo en ella más lejanías de horizontes. ¡Cuánto hay que meditar en la Misa! Sólo con estos puntos que os he dicho hay para meditar muchos días.

Ocupación esencial de un cristiano

5301. Una capilla muy recogida, donde hay un sacerdote muy santo y unos fieles muy fervorosos; una Misa de san Pablo o de san Juan Evangelista; la Santísima Virgen, por ejemplo, asistiendo a ella. Esos fieles tan unidos al Sacrificio, más que *oyendo* Misa están *diciendo* Misa.

Todo lo que piense, todo lo que hable un cristiano debe ir precedido de esta pregunta: ¿esto pega con decir Misa? Lo que pienso, lo que hago ¿me une al Jesús sacrificado de mi Misa?

Si como decía antes, Jesucristo se está ofreciendo en trescientas Misas durante cada segundo, podemos decir que Jesucristo de día y de noche está con los brazos abiertos. Jesucristo no tiene otra postura en la tierra, que con los brazos en cruz.

Si la Misa es esto, yo debo estar siempre con mis brazos abiertos. Cuando no hago esto, cuando huyo del sacrificio, es como si un sacerdote dejara la Hostia y el Cáliz consagrados de su Misa y se fuera a ver a los transeúntes, a ver a los que pasan por la calle cantando, o a tomarse un helado, o lo que se le antojara.

Eso es lo que hacemos cuando buscamos nuestros gustos, nuestros caprichos, nuestra comodidad.

Es verdad que somos flacos y muy limitados, pero si vosotras, las de primera línea, no decís bien vuestra Misa y hacéis esas espantadas del Altar del Sacrificio, si en vez de cumplir con vuestro deber cumplís con vuestro regalo...

5302. Marías, Marías, que tantas veces decís que queréis desagraviar y queréis reparar abandonos de Misa, de Comunión y de Presencia real, que se traduzca en obras. Cada vez que atendéis a lo que el regalo del cuerpo os pide, os parecéis al sacerdote aquel que abandona su Misa.

¿No os remuerde la conciencia de haber abandonado muchas, muchas veces vuestra Misa? ¡Dejar vuestra Misa!

Si amáis vuestra Misa, amad la cruz; la cruz de vuestra Misa de todas las horas, de todos los minutos, de todos los segundos.

No dejéis de estar en la postura que está Jesús ofrecido continuamente en Sacrificio. No os contentéis con una vida ramplona, uniendo cuando se puede, la comodidad y el capricho al cumplimiento del deber; sino preguntaos con frecuencia: ¿estoy yo ahora en Misa?

Que cuando el Padre celestial pregunte al Ángel de cada una: -¿Y tu alma?- pueda responder: Está **diciendo** Misa. Y ¿qué es? **una Misa.** Una hostia con los brazos abiertos, no esperando sino entregándose con alegría.